

á su tía y á Lubov Sergueievna; pero la lluvia se iba haciendo á cada momento más densa, y una de ellas, que me pareció ser la madre de Dmitri, exclamó de pronto:

—Vamos á la galería, allá arriba, y nos presentarás de nuevo á tu amigo,—y juntos subimos la escalinata.



XXIII

Los Nekhludov

EN los primeros momentos, entre todas esas mujeres, la que más fuertemente atrajo mi atención fué Lubov Sergueievna, la cual con un perrito en brazos iba subiendo la escalera la última de todas, deteniéndose alguna vez para mirarme y besando luego á su perro cuantas veces ejecutó esta maniobra.

Era muy fea, fea de verdad; tenía el rostro muy encarnado y toda ella era extraordinariamente enjuta, y, además, de pequeña estatura y algo torcida. Y lo que afeaba todavía su feísimo rostro era el extravagante peinado que llevaba, con la raya toda á un lado: uno de esos peinados que inventan las mujeres calvas. A pesar de mis deseos de ser agradable á mi amigo, no supe hallar en ella el más insignificante rasgo que despertase simpatía ó atracción. Hasta sus ojos oscuros, aún expresando una profunda bondad, eran excesivamente pequeños, sin brillo y de veras feos; finalmente las manos, que en muchas mujeres constituyen la única prenda de hermosura que poseen, las tenía de forma ordinaria y desagradablemente arrugadas.

Al entrar detrás de ellas en la galería, cada una de esas damas me fué diciendo algunas frases de cumplido, menos Varenka, la hermana de Dmitri, que no hacía más que mirarme atentamente con sus grandes ojos de un gris oscuro, y cuando las demás volvieron á sus interrumpidas labores, ella se puso á leer en alta voz

en el libro que había tenido hasta entonces sobre las rodillas medio cerrado.

La princesa María Ivanovna era una mujer de elevada estatura, de muy agradable aspecto, y de unos cuarenta años de edad. Se le podían fácilmente atribuir más años á causa de algunos rizos de cabellos enteramente grises que se le escapaban por debajo de la cofia. Pero, si se juzgaba por la frescura de su rostro, casi sin ninguna arruga, y sobre todo por el brillo y la alegría que despedían sus grandes ojos, parecía tener muchos menos. Sus ojos eran oscuros, abiertos; sus labios, delgados, con una caída severa; la nariz bastante regular, aunque parecía inclinarse un poco hacia la izquierda; su mano, sin sortija ninguna, era larga, casi masculina, pero con unos dedos muy bien ajustados. Llevaba un vestido azul oscuro, sin escote, pero muy bien ajustado el talle, del que estaba sin duda orgullosa. Se hallaba sentada y cosiendo. En el momento de entrar en la galería, me tomó la mano, me atrajo hacia ella como con el deseo de verme más de cerca y dijo, mirándome con el mismo mirar franco pero también frío que tenía su hijo, que ya me conocía desde hacía mucho tiempo por los relatos de Dmitri. Y con el objeto de que nuestras relaciones pudiesen ser más íntimas, me invitó á que pasase un día entero en su casa.

—Haced todo lo que os plazca, sin preocuparos por nosotras, pues nosotras haremos también nuestra vida habitual. Pasead, leed, hablad, dormid, lo que os agrade más.

Sofía Ivanovna era una soltera ya entrada en años, hermana pequeña de la princesa, pero dijérase que era la de más edad. Tenía esa especie de complexión que no se ve sino en las solteronas de poco talle, regordetas y con apretado corsé. Hubiérase dicho que toda su salud le subía hacia arriba con tanta fuerza que á cada momento amenazaba ahogarla. Sus manos eran pequeñas y gordiflonas.

A pesar de que la princesa María Ivanovna tenía los cabellos y los ojos negros y su hermana era rubia con unos ojos de un azul muy vivo, había entre ellas una semejanza extraordinaria: la misma expresión de la fisonomía, la misma nariz, los mismos labios; la única diferencia consistía en que la nariz y los labios de Sofía Ivanovna eran algo más duros ó más recios que en su hermana, y cuando sonreía, se le inclinaba la nariz hacia la derecha mientras que en la princesa María hacía lo hacia la izquierda. A juzgar por su manera de vestirse y de peinarse, Sofía Ivanovna trataba de rejuvenecer su persona y si hubiese tenido acaso cabellos grises ó blancos hiciera lo posible para no descubrirlos. Su actitud conmi-

go, en los primeros momentos, me pareció orgullosa y me intimidó, al paso que la princesa me fué simpática enseguida. Tal vez su obesidad y una cierta semejanza que ofrecía con un retrato de Catalina la Grande, que había visto no sé donde, le dieron á mis ojos un aspecto altanero; lo cierto es que me quedé todo confuso cuando mirándome frente á frente me dijo: «Los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos». Me tranquilicé luego, y mi opinión acerca de ella se modificó cuando, después de haber pronunciado aquellas palabras, abrió la boca como para respirar y levantando los ojos al cielo suspiró como si tuviese un pesar hondísimo. Con esa actitud suya expresaba, ni sé cómo, una tan encantadora bondad que, habiéndola visto suspirar de aquel modo, perdí con respecto á ella todo temor y hasta llegó á gustarme un poco. Sus ojos eran verdaderamente soberbios, su voz era sonora y agradable, y aun las líneas excesivamente pronunciadas de su excesiva obesidad, en esa época de mi juventud, no me parecían del todo desprovistas de belleza.

Parecióme que Lubov Sergueievna, como amiga de mi amigo, había de decirme algo en que se reflejase lo íntimo de su amistad; me miró en silencio largo tiempo, como si reflexionase en lo que iba á decir, para no comprometerse; pero rompió únicamente su silencio para preguntarme en qué Facultad había entrado. Una vez satisfecha su curiosidad, volvió á su silencio y á mirarme fijamente, como si dudase en decir las frases amistosas que se le ocurrían seguramente, viendo lo cual procuré con la expresión de mi rostro darle á entender que podía decirlo francamente todo, y entonces pronunció estas palabras: «Dicen que actualmente no se ocupan mucho de ciencias en la Universidad», y sin más llamó á su perrito.

Durante toda la velada, Lubov Sergueievna no se expresó sino por medio de máximas, la mayoría de las cuales estaban fuera de lugar y no respondían á nada; pero tenía yo tanta confianza en Dmitri y toda la noche se estuvo mirándola tan atentamente, para mirarme á mí después con expresión que significaba: «¿Qué te parece?» que yo, aunque convencido en el fondo del alma de que Lubov Sergueievna no tenía nada de extraordinario, no me atrevía aun á confesarme, ni siquiera á mí mismo, esa idea.

Finalmente, la última persona de esa familia, Varenka, era una joven de dieciseis años. No tenía verdaderamente hermoso más que sus grandes ojos grises, que, por su expresión, mezcla de alegría y de sosegada reflexión, se parecían mucho á los de la tía; llevaba una gran trenza rubia, y tenía unas manos delgadas y muy bellas.

—Creo, señor Nicolás, que habrá de seros poco agradable comenzar á escuchar en la mitad de una lectura,—me dijo Sofía

Ivanovna, con uno de sus habituales suspiros, volviendo del otro lado la labor en que trabajaba.

La lectura se había interrumpido en aquel momento porque Dmitri había salido de la estancia.

—O tal vez,—dijo luego—habréis ya leído *Rob-Roy*?

En aquella época, por el solo hecho de vestir el uniforme de estudiante, me creía en el deber de contestar con *ingenio y originalidad* á cualquiera pregunta que me hiciesen personas á quienes no conocía muy íntimamente, y consideraba como una verdadera vergüenza dar á esta clase de preguntas una respuesta

excesivamente lacónica. Echando una rápida mirada sobre mis nuevos pantalones y los botones dorados de mi levita contesté que no había leído ciertamente *Rob-Roy*, pero que había escuchado la lectura con grande interés, pues yo por mi parte prefería empezar á leer los libros hacia la mitad, porque de este modo, añadí, resulta mucho más interesante, pues se adivina lo que ha pasado ya y lo que ha de venir... Y me quedé tan satisfecho.

La princesa se rió con una risa que no parecía natural, aunque, según pude observar después, no se reía nunca de otra manera.

—No obstante, casi estoy por daros la razón,—añadió luego.—Estaréis todavía mucho tiempo aquí, Nicolás?... No os ofenda que no os llame *señor*. Cuando partís?

—No lo sé verdaderamente, quizás mañana, quizás estaremos aquí todavía bastante tiempo,—dije sin saber por qué, pues me constaba que de todas las maneras habíamos de partir al día siguiente.

—Sería mi gusto que os quedaseis, por vos y por Dmitri,—dijo la princesa dirigiendo la vista á lo lejos, como si quisiera descubrir escondidos horizontes.—A vuestros años, la amistad es una gran cosa.

Comprendí que todas me miraban y que estaban aguardando lo que dijese, aún la misma Varenka aunque fingía estar exami-



nando la labor de su tía; comprendí que se me hacía pasar por una especie de exámenes, y que era preciso mostrarse bajo el mejor de los aspectos posible.

—Oh! sí,—dije al fin—la amistad de Dmitri me es muy útil, pero yo en cambio no puedo serle de ninguna utilidad; él vale infinitamente más que yo.—Suerte que no estaba presente Dmitri, pues de haberme oído estoy seguro que, después, me hubiera reprochado mi falta de franqueza.

La princesa se rió de nuevo, con aquella risa forzada que le era tan natural.

—Oh! pues, si le hemos de creer á él, sois vos el que puede considerarse como un verdadero monstruo de perfección.

«*Monstruo de perfección!*... pensé; muy bien, es cosa digna de ser apuntada».

—No obstante,—añadió—y sin hablar ahora de vos, mi hijo es maestro en conocer á la gente.—Y luego, bajando el tono, lo que me halagó mucho, é indicando con los ojos á Lubov Sergueievna:—Ha descubierto en la *tía pobre*, como entre nosotros la llamamos, y á quien yo conozco desde hace veinte años, cualidades que yo no podía sospechar en ella... Varia, dí que me traigan un vaso de agua,—añadió, lanzando otra vez su mirada á lejanías desconocidas, pareciéndole probablemente que era demasiado pronto ó tal vez enteramente inútil iniciarme en los secretos de la familia.—Pero será mejor que vaya él, él no hace nada, y tú estás leyendo. Id, amigo mío; una vez pasada la puerta y después de haber dado unos quince pasos, decid así, en voz alta: Piotre, trae un vaso de agua con hielo para María Ivanovna!—concluyó diciendo y riéndose con su forzada risa de siempre.

«Quiere probablemente hablar de mí, pensé mientras salía de la estancia; y querrá decir sin duda que ha observado que soy un joven inteligentísimo». No había hecho todavía los quince pasos cuando toda sofocada me atrapó la gorda Sofía Ivanovna, la cual andaba sin embargo con ligero y rápido paso, diciéndome:

—Gracias, gracias... amigo mío. Yo voy allá abajo, ya daré yo misma el recado.



XXIV

Del amor

SOFÍA Ivanovna, como he podido más tarde reconocer, era una de esas raras mujeres que, nacidas para la vida de familia, se han visto privadas de esa dicha por la suerte, y finalmente se deciden á derramar sobre algunos seres escogidos el amor que, largos años guardado para el marido y para los hijos, ha ido siempre creciendo y se ha fortalecido en su corazón. Y esta reserva de amor, en las solteronas de esta clase, es hasta tal punto inagotable que, aún siendo muchos sus elegidos, les queda todavía para derramarlo generosamente sobre todas las personas, buenas ó malas, que hallan en el camino de su existencia.

Hay tres clases de amor:

El amor estético.

El amor de sacrificio.

El amor activo.

No quiero hablar del amor del hombre joven por una mujer también joven, ó inversamente; me dan miedo esta clase de afectos, pues he sido desdichado en mi existencia precisamente porque nunca he visto en esta clase de amores ni una chispa de verdad, sino tan sólo la mentira, en la cual el sensualismo, las relaciones conyugales, el dinero, el deseo de unir ó de desunir las manos, ponen tantísima parte que uno acaba por no comprender

nada en esta clase de sentimientos. Quiero hablar del amor humano, del amor que, merced á la mayor ó menor fuerza del alma, se concentra sobre uno ó sobre muchos; quiero hablar del amor de la madre, del padre, del hijo, del hermano, del amor por el compañero, por el amigo, por el compatriota; en una palabra, del verdadero amor de los hombres.

El *amor estético* consiste en amar la belleza del propio sentimiento y su expresión. Para las personas que aman de este modo, el objeto amado no es amable sino en cuánto excita en ellas ese dulce sentimiento del cual gozan en conciencia y en realidad. Las personas que aman así se cuidan poco de la reciprocidad, pues ésta es una circunstancia que no influye nada en la belleza y el encanto del sentimiento. Cambian con frecuencia el objeto de su amor, pues su fin principal, ya que no sea exclusivo, consiste en que el agradable sentimiento del amor esté siempre despierto. Para conservar entero este sentimiento dulcísimo, hablan siempre de su amor, en los términos más elegantes que saben, al que es objeto de su amor y aún á cuantos ningún interés pueden tener en su amor. En nuestro país, las personas de una cierta clase que sienten este amor estético no tan sólo hablan de su amor á todo el mundo, sino que hablan siempre de su amor en lengua francesa. Es extraño y es ridículo, pero estoy convencido de que ha habido y hay todavía en una cierta clase de la sociedad muchas personas, mujeres sobre todo, cuyo amor hacia sus amigos y sus parientes desaparecería del todo apenas se les prohibiese hablar del mismo en francés.

El *amor de sacrificio* consiste en amar los medios del sacrificio propio que se hace en aras del objeto amado, sin preguntarse si este sacrificio es ó no conveniente. «No hay cosa que no esté dispuesto á sufrir para demostrar á todo el mundo y á él—ó ella—en particular, mi profunda devoción!» He aquí la fórmula de esa especie de amor. Las personas que aman así no creen en la reciprocidad—pues es más bello todavía sacrificarse por aquel que ni siquiera os comprende. Están siempre enfermos, lo que aumenta también los méritos del sacrificio, y en general son constantes, pues no se resignan fácilmente á perder el mérito de los sacrificios que llevan hechos en pro del objeto amado. Están siempre dispuestos á morir para demostrarle á ella—ó á él—toda la inmensidad de su amor; pero olvidan, en cambio, las pequeñas pruebas cotidianas, porque éstas no añaden brillo al sacrificio. No les importa gran cosa que haya el objeto de su amor dormido bien ó comido mal, ni si está alegre ó si está triste, no haciendo nada para

procurar al objeto de su amor alguna de esas pequeñas comodidades de la vida, aunque se halle en su mano hacerlo; pero afrontar la muerte, echarse al agua, ó al fuego, morir de amor, á esto sí que se hallan siempre dispuestos, si la ocasión se ofrece. Además, las personas inclinadas al amor de sacrificio se muestran siempre envanecidas de su amor, son exigentes, celosas, suspicaces, y, aunque parezca extraño, desean que el objeto amado se halle en algún peligro para poderle sacar de él, para poderle consolar, y aún ven de buena gana que tenga grandes vicios sólo para poderse los corregir.— Vivís en el campo, solo con vuestra mujer, que os ama con esta clase de amor. Os lleváis bien de salud, estáis tranquilo y no tenéis sino ocupaciones que os placen infinitamente. Vuestra amante esposa se siente tan débil que apenas puede ocuparse de la casa, que está en manos de los criados, ni aún de los niños, que están confiados á criados y criadas también, ni puede ocuparse de cualquiera cosa que sea, ni quiere nada, pues no quiere más que á su marido. Está *visiblemente* enferma, mas para no entristeceros, no os lo quiere decir; se aburre *visiblemente*, mas para daros gusto está dispuesta á aburrirse toda la vida; sufre *visiblemente* por el hecho de que os ocupéis tanto de vuestros asuntos,—cualquiera que sean: caza, libros, agricultura—ve que estas ocupaciones os pierden y arruinan, pero ella no quiere decir nada: calla y sufre. Mas, caéis un día enfermo, vuestra amantísima esposa olvida sus enfermedades, é incesantemente, y á pesar de vuestros ruegos para que no se atormente en vano, la veis inmóvil en la cabecera de vuestro lecho, y á cada segundo sentís sobre vuestros ojos su mirada llena de compasión que os está diciendo: «A pesar de todo, no importa; yo no te abandonaré un momento». A la mañana siguiente, vais ya un poco mejor y abandonáis el lecho, pero la sala no ha sido preparada; la única sopa que hubierais podido comer no se ha cuidado nadie de hacerla ni de mandarla hacer, ni siquiera se ha enviado á buscar la medicina; pero vuestra amante esposa, fatigada ya de la vigilia, considerándoos siempre con la misma expresión de lástima profunda, anda por las habitaciones de puntillas y da á los criados órdenes incomprensibles y vagas. Queréis acaso leer, y vuestra amante esposa os dice: que no la escucharéis, que os enfadaréis con ella, á lo que está ya acostumbrada, pero que sería mucho mejor que no leyeseis. Habéis pensado quizás pasearos por la estancia, y sale ella diciendo que os sería mucho mejor no hacerlo. Queréis hablar con un buen amigo que ha venido á veros, y ella, vuestra amantísima esposa, os dice que no debéis hacerlo. Por la noche, tenéis de

nuevo un poco de fiebre y deseáis adormeceros; pero vuestra muy amante esposa, pálida, el rostro enjuto y pudiendo apenas respirar, en la semi-oscuridad del velador, está sentada á la cabecera de la cama, y su menor movimiento excita en vuestro espíritu sentimientos de ira concentrada y de impaciencia. Tenéis en casa un criado que os sirve hace veinte años y á cuyos servicios estáis acostumbrados; os sirve con diligencia y buena voluntad, pues duerme durante el día y recibe además su paga para serviros; pero ella no le permite que se os acerque. Lo quiere hacer todo ella misma, con sus débiles é inexperimentadas manos, y veis como sus blancos dedos se esfuerzan en vano para abrir una botella, ó apagan sin querer una bujía, ó derraman la medicina, ó bien os tocan á vos mismo con visible repugnancia. Si os impacientáis y finalmente le pedís que se marche, la oiréis tras la puerta suspirar y llorar, y aún decirle á vuestro criado las más inauditas tonterías. Finalmente, suponemos que no os morís, y vuestra amantísima esposa, que no ha dormido durante los veinte días de vuestra dolencia, cosa que os repite á cada momento, cae al fin enferma, se debilita, sufre y se hace todavía más incapaz de cualquiera clase de ocupación que sea. Y cuando os halláis en vuestro estado normal no acierta á expresar su amor de sacrificio sino por medio de un suave aburrimiento, que involuntariamente se os comunica á vosotros y á cuantos la rodean.

La tercera especie de amor—el *amor activo*—consiste en la aspiración á satisfacer todas las necesidades, todos los deseos, todos los caprichos, aún los vicios de la criatura amada. Las gentes que aman así, aman siempre y para toda la vida, porque cuanto más le aman, mejor conocen al sér amado y con más facilidad pueden satisfacer sus deseos. Su amor se expresa muy raramente en palabras, y si hablan no lo hacen con aires de satisfacción y con elocuencia, sino confusamente y casi nunca á derechas, pues temen siempre no amar todo lo debido. Estas personas aman hasta los vicios de la criatura amada, pues estos vicios les dan la posibilidad de satisfacer aun nuevos deseos suyos. Buscan de buena gana la reciprocidad, pero, aún saliendo engañadas, creen en ella y son felices creyendo, y no solamente procuran la felicidad del sér amado, sino que por todos los medios morales y materiales, grandes ó pequeños, que están en poder suyo, tratan constantemente de hacer la dicha del objeto amado.

Y ese amor activo hacia su sobrino y su sobrina, hacia su hermana, hacia Lubov Sergueievna, y aún hacia mí, nada más que por

ser amigo de Dmitri, ese amor activo se mostraba en los ojos, en las palabras, en los gestos de Sofía Ivanovna.

Hasta mucho más tarde no pude apreciar enteramente lo que valía Sofía Ivanovna, y entonces vínome al pensamiento esta pregunta: Porqué Dmitri, que trata de comprender el amor de muy otro modo de cómo lo comprende la generalidad de las gentes y que ha tenido siempre ante los ojos á esa buena y amante Sofía Ivanovna, se enamoró tan apasionadamente de la extraña Lubov Sergueievna, sin conceder á su tía más que *buenas cualidades*? Cuán cierto es que nadie es profeta en su tierra! Una de estas dos cosas: ó hay en cada hombre más maldad que bondad, ó bien el hombre es más accesible á lo malo que á lo bueno. No hacía mucho que conocía Dmitri á Lubov Sergueievna, y en cambio había sentido sobre sí desde su nacimiento el amor de su buena tía.



XXV

Mis conocimientos se ensanchan

CUANDO volví á la galería no hablaban de mí ciertamente, como yo había supuesto; pero Varenka no leía ya, y, puesto el libro de lado, discutía calurosamente con Dmitri, quien, dando grandes pasos, hacía casi sin parar su habitual gesto como para arreglarse la corbata y guiñaba cada vez los ojos. El asunto de la querrela era Ivan Iakovlevitch y la superstición, pero me pareció que lo hacían con calor excesivo para que la verdadera causa de la discusión, la interna, no fuese algún asunto que tocaba mucho más de cerca á la familia. La princesa y Lubov Sergueievna guardaban silencio, pero seguían con interés la discusión y hasta, de vez en cuando, parecía que iban á tomar parte en la disputa, pero acababan por no abrir la boca, dejando la una que hablase por ella Varenka, y la otra, Dmitri. En el momento de entrar Varenka me miró con la más completa indiferencia, siendo evidente que la discusión le tenía totalmente preocupada, sin que le importase gran cosa que pudiese oír ó no lo que decía. La mirada de la princesa, que evidentemente estaba de parte de su hija, tenía la misma expresión indiferente. Pero Dmitri en mi presencia se puso á discutir aun con mayores ardores, y Lubov Sergueievna pareció toda asustada al verme llegar, pronunciando, sin dirigirse particular-